

Lo reconoció de lejos; hombre voluminoso el profesor Rivas, una especie de cantante de ópera que, por una de esas casualidades, terminó en las aulas y no en los escenarios. Sin embargo, en Rivas existía cierto manejo artístico de las situaciones. Sobre él recaía cierta veneración, particularmente en el Sector Tercero de la Ciudad Universitaria, donde había dado clases en forma ininterrumpida a lo largo de veinticinco años. Luego vino la jubilación, el silencio y esa forma parecida a los viejos grupos iniciáticos que le permite a un docente continuar en actividad: los seminarios doctorales.

Arizmendi se paró, le tendió la mano y le hizo a Rivas un vago gesto de invitación.

–Hace tiempo que quería verme –dijo Rivas–; usted sabe cómo son las cosas: cuando uno es viejo vive de los achaques y de los médicos. Se diría que de los achaques sacamos fuerza para seguir tirando.

–Se lo ve bien, profesor.

El mozo se acercó y Arizmendi pidió un café. Rivas en cambio, fue más patético:

–Una lágrima –dijo.

El profesor se quedó mirando las arboledas imprecisas, el río, la orilla sucia.

–Sabe, yo solía venir aquí todas las tardes para preparar las clases. Generalmente elegía ese ventanal –señaló el que daba al Sudeste–; se tiene una visión más integral del paisaje. Mi mente opera de ese modo: de lo general a lo particular. Cada uno vive según su propio sistema.

–De eso quería hablarle.

–Lo imaginaba. Calculo que usted debe llegar a los treinta y anda pensando en la tesis. Hace bien, joven. He guiado a muchos.

Arizmendi se sintió levemente cohibido, pero si se encontraba ahí, su única opción era dar el salto.

–En realidad no provengo de las Ciencias Exactas. Soy de Filosofía.

–Mejor entonces. No es que esté cansado de la disciplina, pero cada tanto es necesario hablar con alguien que posea otro enfoque. Yo también estudié Filosofía cuando ingresé en la Universidad, después di un viraje...

–Lo sé –lo interrumpió Arizmendi.

Rivas se sorprendió. Hasta entonces había pensado que esa parte de su juventud era una zona que estaba reservada a sí mismo y a dos amigos con los que cada vez se encontraba menos.

El joven abrió una carpeta y sacó unas fotocopias.

–Aquí tengo algo que me llamó la atención. Es un viejo artículo publicado en la *Revista Universitaria*. Es del 58.

–Epa, cómo le gusta a usted bucear en la prehistoria. El 58...

El profesor dijo esas últimas palabras como disfrutando un sabor escondido.

–Laica o libre –prosiguió -; en esas marchas recibí mis primeros bastonazos en la cabeza... –se rio–; luego los palos del 66 y una década más tarde, el exilio. Soy un pequeño manual viviente de la decadencia argentina.

–Supongo que hizo lo que pudo.

–Pero ese es un premio consuelo. Le agradezco: terminan siendo los únicos premios reales.

El mozo trajo el pedido. Arizmendi probó el café. Rivas se quedó mirando el color blanquecino de la jarrita.

–El café y el tabaco son otras de las pérdidas. Pero usted no vino aquí para escuchar los devaneos de un viejo. Cuénteme...

El joven dio una repasada a lo que había subrayado, como buscando las palabras claves para empezar:

–En este artículo de juventud usted habla de una cuestión fenomenológica. Explica que la Lógica no existe como tal...

Un velado entusiasmo asomó en la mirada de Rivas:

–Pero más tarde corregí esa hipérbole juvenil y anoté que la lógica es solo una rama de la fenomenología. Dime cómo captas el fenómeno y te diré cuáles pueden ser tus categorías de explicación.

–Es una pena que no haya tenido ese segundo artículo.

–No lo tiene nadie. Cuando lo escribí, ya había dejado la carrera de Filosofía. Usted supondrá que complejas decisiones epistémicas me llevaron a abandonar esos estudios.

–Es lo que se deduce a simple vista.

El tono de Rivas se hizo rápidamente irónico:

–Lamento decepcionarlo. Dejé por una mina... Mire qué romántico éramos en esos días. Un culo determinaba mucho de nuestros fervores existenciales y políticos. Hoy todo es más lábil.

–En otra publicación, aunque más tardía, encontré la primera referencia a la informática. Ese artículo es del 59. Aquí lo tengo. Usted dice que tarde o temprano la fenomenología se hará binaria. A medida que avancen las técnicas de computación, se generará una nueva forma de entender el mundo. Usted comparó ese paso con el advenimiento del reloj...

Rivas tomó coraje y bebió casi de un sorbo la lágrima.

–¿Sabe? Últimamente estoy leyendo poesía antigua. Mimnermo decía que los hombres deben dejar de existir a los sesenta, cuando ya no puede disfrutar plenamente

de los favores de Afrodita. Solón extendió veinte años la prórroga. Yo creo que los hombres debiéramos abandonar la vida cuando nos prohíben el café –dijo. Y luego añadió: Cierto, lo del reloj... Usted sabe que el hombre sufrió muchísimo con esa prótesis nueva. Acostumbrado a medir el tiempo según los datos cosmológicos, de pronto tuvo una forma artificial de saber en qué momento del día se hallaba. Imagínese abandonar los ritmos del sol, de la luna, de la sombra y entrar en la abstracción pura. Este maldito reloj dice que son las cinco y así ha de ser... Realmente algo jodido. Pobre humanidad; siempre doliente. Pero volvamos al asunto que a usted le preocupa.

–Yo quiero retomar las ideas de los dos artículos. Quiero mostrar que no hay una lógica que en sí pueda dar cuenta de la existencia del mundo, pero a la vez me interesaría confirmar que todo lo que llamamos pensamiento lógico pertenece a la percepción humana, que está contenida en sí misma.

–Se me puso neokantiano el joven. Métele para adelante; a su edad somos todos un poco solipsistas.

Arizmendi se decidió a dar la última idea de la mañana:

–Para eso debo hacer una historia de la evolución perceptual. Me gustaría demostrar lo que usted dijo, que cada etapa de la evolución humana ha generado su propio sistema de categorías. ¿Usted avala la idea de que nos hemos desplazado a un mundo binario?

–No me necesita a mí: ya lo tiene a Boole, ya lo tiene a Wittgenstein.

–¿En el 59 había leído a Wittgenstein?

–No.

–Pero confirma esas ideas.

Rivas hizo silencio. Entraron unos jóvenes que ocuparon la mesa de al lado. Reían; el mundo para ellos era otro lugar. Rivas los miró con nostalgia.

–Ojalá todo fuera tan fácil. Usted necesita el Sí y el No; el 1 y el 0; el Verdadero y el Falso. Yo me he alejado de todo maniqueísmo.

–Sin embargo, la informática se mueve según esos patrones. Las modernas generaciones crecerán en ese mundo. Eso determinará un arte, una religión, una política...

La muchacha de la otra mesa en verdad era hermosa, cuando reía se formaba en su expresión un suave tinte de lujuria vital. Rivas hubiera deseado contemplarla en calma.

–Ya no creo en los moldes establecidos. Ni siquiera para la informática. Aquí se ha generado otra cosa. Veo que ahí tiene más revistas... Esa, la más frívola de todas, es la que me interesa.

Arizmendi le alcanzó un viejo ejemplar de *Semanario*. En la tapa se veía a un grupo de jóvenes estudiantes al lado de la primera computadora ingresada en el país.

–Yo soy el segundo de la derecha, y ese enorme aparato en una *Mercury*. Hace mucho tiempo que tiré la foto. Y lo bien que hice... ¿Sabe el destino de los otros tres jóvenes?

–En absoluto.

–Todos éramos compañeros; todos creíamos que el futuro y la revolución estaban al alcance de la mano. No preveíamos, claro está, de qué estábamos hablando. Paso a contarle: los tres jóvenes que me acompañan murieron hace tiempo.

–¿Cuestiones políticas?

–Nada hay que no sea político. Los tres enloquecieron. Y por una de esas casualidades, yo me salvé. El más tonto se quedó; lo más listos se esfumaron. ¿Eso no le dice nada?

–No todavía.

–Mejor. ¿La ve ahí? Soberbia, magnífica, importada. La gran puerta de entrada a las esferas... La que hoy se muestra al público es una segunda versión; la primera (la Real, si se me permite) está guardada en un sótano del Ministerio del Interior. No sabe cuánto deseé yo poder trabajar con esa máquina.

–¿No lo hizo?

–Nos presentamos a concurso. Sólo los tres primeros podrían utilizarla. Esa foto es de un par de días antes del veredicto. Yo quedé en cuarto lugar y desde entonces el sistema académico me fue confinando a los aspectos teóricos de las disciplinas exactas. Esa fue otra de mis grandes decepciones; nunca imaginé que semejante fracaso me salvaría... Mis tres compañeros se lanzaron de lleno a la aventura de ese procesador. Por un tiempo dejé de verlos. Cuando me encontré con Garay, el joven que está a mi izquierda, noté el cambio que se había operado en su mente. Tenía una noción cambiada del espacio. Garay creía que estaba quieto y que todo el mundo giraba o se acercaba y alejaba de su persona. Esas nociones lo llevaron a una especie de inmovilidad crónica. Me dije a mí mismo: está muy cansado; necesita parar un poco. La presión de la vida académica puede desvencijar al más curtido. Sin embargo, con Reissig ocurrió otro fenómeno. Perdió por completo la noción de la temporalidad. Si alguien le decía que contara hasta diez respetando mentalmente el tiempo del segundero, a veces podía tardar horas y otras lo hacía de un modo tan frenético que parecía un viejo disco de treinta y tres revoluciones puesto a cuarenta y cinco. Reissig y Garay tuvieron la suerte de morir en un hospicio. Los visité con fidelidad a lo largo de los años. No sé si había culpa o una malvada forma de placer. Ahora sé que ambos factores convergían. El tercero de ellos devino en un idiota binario (perdón, no quiero herir susceptibilidades filosóficas); quiero decir que el tipo (se llamaba Damiani) abandonó nuestra común forma de movernos en el mundo. Si usted le hacía una pregunta que podía responder

con Sí o No, el pobre funcionaba. Para otras actividades, como decir cómo había salido Boca, cuál era el apellido de su esposa, de qué color eran las medias que usaba; solía perderse en un mar de angustia. El tipo quería responder, pero su mente se hallaba obturada. Había que cambiar el tópico de la pregunta y decirle: "¿tus medias son azules?", y entonces respondía con total facilidad con un Sí o un No. Qué pena, se perdió votar en la cuestión del Beagle.

Rivas intentó sonreír; la reticencia de Arizmendi se lo vedó.

—¿Lo sigue viendo?

—Un día me cansé y dejé de visitarlo. Voy a serle franco: a ese en verdad lo detestaba. No sólo había sido el mejor promedio, sino que es el que se quedó con esa mina de Filosofía que a mí me había enamorado hasta los huesos. Fíjese que nos sacaba una vuelta de ventaja a todos. Mientras Reissig y Garay se hundieron en la locura con una cierta rapidez, Damiani luchó por seguir en sus cabales. Los esfuerzos que hacía por romper el molde de pensamiento que se le había instalado eran atroces. Antes de despeñarse (su mujer había tenido un nene) me confesó que la máquina con la que trabajaba podía ser la causante de sus males. Me reí, le dije que se dejara de pensar en pelotudeces; lo felicité por el crío y le exigí que siguiera en el proyecto. Sabía que estaba mintiéndole. Tampoco le confié lo de Garay y Reissig. Cuando me llamaron como reemplazante, me negué de plano. La configuración de aquella máquina generaba cambios perceptivos graduales. Es probable que muchos jóvenes brillantes de otras partes del mundo también se hayan derrumbado. Comprendí que nos habían tirado una nueva bomba. La nueva guerra era fenomenológica. Primero se derribó a las cabezas más brillantes; luego se entró en un sistema más sutil. La rapidez de la tecnología se asienta en el molde binario que usted predica, pero el crecimiento es tan exponencial y geométrico, que el binarismo de ayer se convierte al otro día en otra cosa absolutamente

distinta. Mantenemos el 1 y el 0, pero jornada a jornada ese 1 y ese 0 significan realidades diferentes... Y ahí estamos nosotros y esos jóvenes que hoy se creen enamorados y mañana probablemente ni se reconozcan si se cruzan en una avenida – explicó señalando a los chicos de la otra mesa.

El estudiante se quedó en silencio unos segundos. Mientras volvía colocar los papeles en la carpeta, dijo como al pasar:

–Arizmendi.

–¿Cómo dice?

El joven comenzó a hablar con mayor seguridad:

–Arizmendi era el apellido de la mujer de Damiani. Soy su hijo. Ella me contó la historia y desde su intuición me dijo que usted tuvo la oportunidad de avisarle, tuvo la oportunidad de salvarlo...Y lo dejó caer. He visitado a mi padre todo este tiempo. Murió hace una semana. Mamá lo quiso siempre. Ella murió hace cuatro años.

El rostro del profesor se ensombreció. El joven prosiguió:

–Siempre creí en la versión de mi madre. Simplemente vine aquí para decirle que es usted despreciable.

Rivas se quedó observando el jarrito vacío:

–No me dice nada nuevo. Soy viejo; he aprendido a conocerme. Déjeme pagar la cuenta.

Los dos hombres se retiraron sin saludarse. Había comenzado a soplar viento del Sur y el río estaba algo picado.